

¡PEDRADAS QUE HIEREN EN EL CORAZÓN!...

DESACATO PERIODISTICO CONTRA MONSEÑOR SEGURA

R. A. RECALDE.

Ante el lamentable escándalo dado por un reducido sector de la prensa católica norteamericana, ECA se hace solidaria del Emmo. Cardenal Segura y Sáenz con ocasión de su última carta pastoral del 8 de octubre, ampliamente difundida por la prensa diaria de nuestro continente. En números anteriores hemos censurado la actitud doctrinal asumida por dichas publicaciones; hoy hacemos nuestra la "cristiana indignación" de un español residente en los Estados Unidos, y juntamente con él, hacemos votos por que reine mayor comprensión entre los católicos del mundo.

Al catolicismo español se le atribuyen muchos defectos inherentes a su condición de catolicismo antiguo. Tanto y tanto se habla de ellos que no hay más remedio que prevenirse. El pasaporte de todo español debería tener una nota que dijese: "en cuanto cruce la frontera prevéngase contra las pedradas".

No podemos negar que somos orgullosos. Pero tampoco que no llevamos en nuestro pecado la penitencia. ¡Qué cantidad de pedradas le esperan a la cresta de gallo de todo español que sale por el mundo empenachado con su soberbia nacional!

A los escritores contemporáneos parece que se les ha injertado la manía deportiva de entretenerse, como chiquillos de escuela, en romper nuestros letreros históricos.

Ante este hecho nosotros decimos que las pedradas, en sí, no nos importan gran cosa. Las tomamos con mucha filosofía, como dice el vulgo. Nos recuerdan tiempos de la infancia, siempre gratos. Y nos dan también el consuelo barato de pensar que, si hay otros que también tiran piedras, no somos nosotros los únicos bárbaros del mundo moderno.

Lo que nos hiere, más que la piedra, es el ver a hermanos nuestros entre la turba de lapidantes. Esto sí que no lo podemos tomar con mucha filosofía.

Al menos a mí me dolía el leer, hace poco tiempo, en la revista católica COMMONWEAL, las siguientes frases:

"After a fanatic attempted to murder Italian Communist leader Palmiro Togliatti in 1948, the Pope sent a representative to the hospital to inquire about the state of Togliatti's health and express his regret. Many other non-communist or anti-communist representatives from all over Italy did the same, as a matter of course. No one, particularly in Italian Catholic circles, had any objection to this, and everyone agreed in condemning such an act of violence.

That was not the case in Spain. Catholic papers here took great pains to explain the Pope's action to their indignant readers. To the Spaniards the Papal gesture was completely incomprehensible, and dark suspicions arose that the Holy Father had somehow come under Communist influence. Many Spaniards seemed to think that the only sensible thing to do about the severely wounded Togliatti was not to inquire about his health, but rather to finish him off".(COMMONWEAL, June 13, 1952, pg. 242).

¿No os parece que esta es una pedrada dolorosa? Esta piedra no saca sangre en la frente. Esta es de las que hieren más adentro, en el corazón. Yo estaba en España cuando ocurrió en Italia el atentado contra Togliatti; soy aficionado a leer mucho y no tengo la menor idea, ni sombra de idea, de haber visto en la prensa los "penosos esfuerzos" de que nos habla el articulista para explicar al pueblo español la conducta del Papa. Los españoles amamos al Papa con delirio y en aquella ocasión, como en cualquier otra, el gesto del Papa no nos movió más que a amor y reverencia. España, con todo el pueblo católico, sintió conmovido su corazón al ver al Papa Pío XII acercarse al lecho de Togliatti, en la persona de un enviado, como Padre de todos los hombres. ¿Cómo nos prueba el articulista que los "lectores de los periódicos católicos" estábamos "indignados" por la acción del Papa? ¿Cómo nos prueba que para "los españoles el gesto del Papa fué completamente incomprensible"? ¿Cómo nos prueba que surgió entre nosotros "la oscura sospecha de que el Pontífice pudo haber venido de alguna manera a caer bajo cierto influjo comunista"? ¿Cómo nos prueba la brutal acusación de que para "muchos españoles, parece, que lo más inteligente que había hacer en el caso del gravemente herido Togliatti era, no el interesarse por su salud, sino el acabar de una vez con él"?

Lo que sí es incomprensible para mí es que estas frases estén escritas "from Spain", probablemente en los mismos días del Congreso Eucarístico de Barcelona y tal vez en la misma Barcelona, pues en el artículo se menciona una entrevista con mi venerado y querido amigo el Padre Jesuita Juan Soler de Morell, fundador de la "Hermandad de Cristo Trabajador", y que hayan aparecido en una revista que, llamándose católica, no ha dado ninguna noticia sobre el Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona.

No nos duele el que se hable de nuestros defectos. (Más bien nos duele el que no se hable de ellos, de los defectos reales: sobre la bien poco edificante actitud de la actual España, por ejemplo, en materia de libertad de enseñanza).

La pedrada que levanta nuestra queja es la que trae intenciones de malquerencia o da motivos, al menos, para pensar en que las trae. ¿Es, por

ejemplo, una casualidad el que la revista AMERICA, de los Padres de la Compañía de Jesús, tan locuaz y generosa en sus comentarios sobre la intransigencia española, haya dedicado al Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona el mismo espacio que a los juegos Olímpicos de Helsinki? 40 líneas en columna de media página, sin mencionar una sola vez el nombre de España en la columna. ¿Que somos excesivamente suspicaces? Yo no hago más que constatar el hecho. No trato de imponer al lector mis propias reacciones sino de expresarlas. El lector tiene el hecho, para juzgarlo.

Muy roqueños tendríamos que ser los españoles para no sentir dolor ante el lenguaje que se dedica a nuestra Jerarquía. En estas ocasiones es preferible pecar de sensibles, dando con nuestras quejas, una muestra de respeto a quienes debemos y a quienes vemos ultrajados: nuestros Obispos y Cardenales. No es que solamente se haya desafiado su enseñanza pública en materias graves para los españoles, sino que se les ha hecho objeto de una palabrería indigna.

Se les ha llamado ignorantes: "for some obscure reasons Spanish churchmen do not seem to be ready to admit what happened around 1520 namely the Protestant revolt". Se les ha llamado fatuos: "Cardinal Segura's reported remarks would have had a timely ring if they had been uttered in 1552. However, it seem a bit fatuous to cling at this date to the attitude that the Protestant heresy is a dangerous threat which can be forestalled only by vigilance and rigorous control". Se les ha llamado sanguinarios: "we have spent weary hours cleaning up the blood the Spaniards overzealously spilled in the Inquisition. If they wish to call the cops on the Protestant four centuries late they can the blame themselves". Sea cual sea la sentencia que dé la historia a nuestra Inquisición y a las cartas pastorales del Cardenal Segura, una cosa es cierta: el derecho y aun la obligación que nosotros tenemos a protestar de que se mencione a ambas, en una revista católica, con semejante fraseología. Frases que, si no las tuviéramos delante de los ojos en la edición del 14 de Marzo de 1952, del periódico diocesano THE INDIANA CATHOLIC AND RECORD, nunca podríamos imaginar que hubiesen sido dadas a la imprenta.

Todas estas acusaciones vienen envueltas, como arriba he dicho, en la nube de defectos con que se quiere ensombrecer el catolicismo español.

Se nos acusa de confundir el Catolicismo con el patriotismo. Hemos tenido tantas guerras con los musulmanes y los protestantes y los liberales y los comunistas en las que el defender a la patria significaba a la vez defender a la religión, que hemos creado una sicología nacional que mezcla con la religión cuanto atañe a la patria y con la patria cuanto atañe a la religión.

Se nos acusa de poseer una religión que no nace tanto de convicciones intelectuales, cuanto de impulsos de la sangre. Más que fervor y celo, lo que tenemos los españoles es fanatismo ibérico. Más que un credo evangélico oído y aceptado tenemos una tradición de raza, un orgullo de grupo histórico, una terquedad de gente indomable y reacia.

Se nos acusa de cultivar un catolicismo rutinario, encajado en prácticas inveteradas, más que en libres y espontáneos actos de culto religioso.

De ahí, dicen, el contraste de tanta manifestación de fe con tanta realidad de pecado; de tanta negligencia en prácticas esenciales (Misa dominical, confesión, justicia social) con tanta superabundancia de prácticas no esenciales (procesiones, novenas, misiones populares, arte religioso).

Se nos acusa de propagandistas de un concepto peculiar de ascética y espiritualidad. Un concepto muy ibérico, rudo. Según la etiqueta invariable que lleva el español de hombre independiente, estoico, bárbaro, hueraño, cruel, así es la etiqueta de su ascética: oscura, negra, negativa, abnegante, renunciante, matante, disciplinante, encapuchante.

Se nos acusa de ser "únicos". Con el Pirineo y los tres fosos del mar nos hemos aislado del mundo y vivimos, según pregonan, absortos en nuestro medievalismo, contemplando las mismas estrellas que San Ildefonso y San Juan de la Cruz, en un éxtasis colectivo, sin despertar nunca al continuo fluir del tiempo y al cambio de épocas sin darnos cuenta de que los siglos corren, las doctrinas cambian, las revoluciones conquistan nuevas ideas y de que los pueblos se han hecho... demócratas.

¿Nuestra actitud ante este torrente de acusaciones? La primera reacción es inevitablemente de molestia, de dolor, de rabia. Es imposible el que no nos duela el que se llame poco menos que cabreros a nuestros teólogos, el que se tenga por traficantes de mieles afectivas a nuestros místicos y el que se interpreten como fiestas dionisiacas nuestras exuberancias devocionales. Pero a la primera reacción de naturaleza pura debe seguir la reacción cristiana de la naturaleza redimida por la gracia: la de aceptar humildemente el tanto por ciento de verdad que esas acusaciones puedan tener. No hay ninguna contradicción en poner la misma y aun más energía en exigirnos humildad a nosotros mismos que exigir justicia y verdad a nuestros detractores...

La historia rueda y lo que rueda recoge el polvo del camino. Nuestro catolicismo tiene mucha historia y ha rodado mucho ¿qué extraño que haya recogido polvo y hasta barro? Nuestro catolicismo ha combatido cien batallas con sus banderas desplegadas en todos los cielos de la tierra ¿qué extraño que esas banderas tengan agujeros y desgarrones?

Tampoco que lleguemos a una humildad tan humilde que aceptemos como verdadero cuanto nos acusan. La humildad se hace vicio en cuanto deja de ser verdad. No. No tenemos por qué avergonzarnos de lo que somos. No tenemos por qué depreciar lo que apreciábamos. Nada más que reconocer que con el oro baja confundido el barro. No prestar especial y única atención a lo que reluce apartando la vista de lo que no luce.

De esta forma daremos una lección a nuestros acusadores, lección de que sean más objetivos, de que tampoco ellos presten única y especial atención a lo gris y borroso olvidándose por completo de lo que en nuestra historia y nuestro catolicismo antiguo y moderno no es ni gris ni borroso.

Y les daremos otra específica lección que bien necesitan: la de que examinen su propia conciencia.

Ya es tiempo de que caigan en la cuenta de que no está bien lo que ocurre: que de ciertos sectores del catolicismo contemporáneo nos vengan

continuos ataques y críticas, sin ninguna confesión de culpa por su parte.

Esa actitud de zaherir sin tregua, con especial intención las cosas de España, puede significar que no es la caridad ordenada, ni el deseo de enriquecerse con intercambio de críticas nobles, lo que mueve tales campañas; sino el prejuicio histórico y temperamental. Y esto ya no es tarea católica ni cristiana, que es la única tarea de los periódicos católicos. Muy bien que nos manifestemos mutuamente nuestros defectos si es para ayudarnos a ser mejores en el camino del cielo. Muy mal que nos estemos lanzando mutuas recriminaciones porque no nos gustamos o porque no nos entendemos o porque tenemos viejas rencillas históricas.

Por eso a cuantos han gastado tanta tinta y papel blanco en hablar de nuestros defectos de viejo y anquilosado y tradicionalista e intrasigente catolicismo (que de todo tenemos un poquito) yo les contesto:

El vivir en un país homogéneamente católico nos estrecha a nosotros, quizá, el campo de comprensión y de tolerancia más allá de los límites exigidos por la ortodoxia. Sea. Pero ¿el vivir en un país heterogéneamente religioso no os ensancha a vosotros este mismo sentido más allá de los límites permitidos por esa misma ortodoxia?

¿Es tal vez nuestro concepto de modestia y de pudor excesivamente riguroso? ¿Y no es quizá el vuestro excesivamente benévolo? ¿Hemos llegado en nuestras costumbres a extremos ridículos? ¿No habéis llegado en las vuestras a extremos peligrosos?

¿Que interpretamos la teología sin tener en cuenta la filosofía política? ¿No es mucho peor el interpretar la filosofía política sin tener en cuenta la teología? ¿Que somos dogmáticos? ¿No sois vosotros pragmáticos? ¿Que somos intransigentes? ¿No es peor ser transaccionista y compromisarios?

Es inevitable que tengamos nuestras rencillas familiares dentro de la gran familia católica. Eso no prueba más que nuestra condición de humanos. Hubo desaveniencias entre los apóstoles; hubo dimes y diretes entre Pedro y Pablo; hubo palabras entre grandes santos como Agustín y Jerónimo. Dios no quiere arcangelizar nuestra naturaleza.

Pero aceptando nuestra condición de débiles y vacilantes no nos olvidemos del deber impuesto sobre esta debilidad, deber de trabajar para imponernos a ella con las fuerzas de la gracia.

Y ese trabajo tiene que empezar con una rectificación de caridad y de justicia hacia el catolicismo español escarnecido en la cruz del escándalo y de la incomprensión por las pedradas de los enemigos y de los amigos.